Un cuento del DUENDE MELODÍA

Al pie de unas grandes raíces, en lo más profundo del bosque, vivía el Duende Melodía. Su casa era una hermosa callampa, con puertas, ventanas y chimenea. Cerca de su callampa, había un Hormiguero, donde vivía su amiga , la Hormiguita Cantora. Se llamaba así, porque en vez de hablar, cantaba. Durante todo el año, podía oirse su alegre vocecilla, mientras iba y venía entre las hierbas del bosque.

A fines del verano, el trabajo aumentaba en tal forma, que la Hormiguita, para darse ánimos, cantaba mejor que nunca. Su canción era más o menos así:

-¡"Vamos, apurarse,
que viene el invierno,
con sus lluvias largas,
y su helado viento!"

Cuando el Duende oyó este canto, le dieron ganas de trabajar también. Y puso en la puerta de su callampa un letrero que decía: "Se arre glan zapatos." Y se sentó a esperar que llegaran clientes. Mientras esperaba, iba pensando:

-"bueno, bueno, por un par de zapatos, cobraré una nuez.Así, iré llenando mi despensa y en el invierno lo pasaré muy bien."

Estos pensamientos lo pusieron muy contento y sacando su flauta de caña del bolsillo, se puso a tocar una música que tenía tres notas:

Estaba en lo mejor, cuando el Duende oyó un gran ruido que se venía acercando, acercando, como si un ejército avanzara.Y se detuvo,justo, frente a la callampa.No tardó el Duende Melodía en oir tres golpes en su puerta.

-¿"Quiénes son?", preguntó el duende, pensando que talvez serían varios clientes. Y corrió a abrir. Para gran sorpresa suya, se encontró con un larguísimo señor, parecido a un gusano, pero con muchos pies, calzados con pesados zapatos.

"Yo soy, señor Duende, yo soy el Ciempiés," dijo el extraño visitante, con voz ronca.

-¿Podría decirme quése le ofrece? preguntó el Duende, amablemente.

-"Quiero que me arregle los zapatos."

-"Y...¿Cuántos pares quiere que le arregle? siguió preguntando el Duende, mientras miraba los numerosos pies del Ciempiés.

-"Quiero que me arregle todos los zapatos,

cincuenta pares, ni más, ni menos."Y diciendo esto, el Ciempiés comenzó a sacarse los zapatos y a amontonarlos frente a la puerta de la callampa.

" -¿Cincuenta pares de zapatos? gritó el Duende. ¡Qué horror!"

"-¿De qué se asusta, señor Duende Melodía? ¿No es ud. un buen zapatero?"preguntó el Ciempiés mientras no cesaba de sacarse más zapatos.

"- Yo, yo soy muy buen zapatero, contestó el Duende, pero nunca he arreglado tantos zapatos de una sola vez."

"-¿Qué culpa tengo yo de tener tantos pies? Se acerca el invierno, y tengo que estar bien preparado, para no resfriarme,"dijo el Ciempiés, terminando de sacarse el último zapato.

Al ver aquel cerro de zapatos, frente a su puerta, el Duende trató de protestar, muy afligido:

"-Pero, es que tendré que trabajar día y noche"...

-"Cuando se es trabajador, eso no importa Eso sí, que me los tiene que tener listos en tres días más, porque puede llover de re-

pente.¿Y qué haría yo, andando a pata pelada?"

-¿Tenérselos listos en tres días más? gritó con desesperación el Duende Melodía,¡eso es imposible!"

Pero entonces el Ciempiés se puso serio, y dijo con voz gruñona:

-"Si ud. no me tiene listos los cincuenta pares en tres días más, sabrá de qué manera el Ciempiés apura a la gente." Y dando media vuelta, se alejó, sin meter tanta bulla como cuando vino, porque iba a pata pelada.

Muy afligido, el Duende Melodía guardó su flauta, y sacó martillo, clavos y el pie de cabra.Y luego de despejar su puerta, se puso a trabajar.Su pequeño martillo hacía "tin, tin, tin" sin descanso.

Pasó por allí la Hormiguita Cantora, y al oir aquel ruido, se asomó a la callampa.Al ver que el Duende trabajaba, no pudo menos que cantar:

-"Oh, qué gran sorpresa,
estás trabajando;
eso sí que debes
hacerlo cantando."

-¡Hacerlo cantando! remedó el Duende,mira, Hormiguita, no me molestes con tus consejos hora."

La Hormiguita se asombró del mal genio del Duende, y con su dulce voz, lo aconsejó de nuevo:

-" Con rabias y enojos
nunca aprenderás,
que está en el trabajo
la felicidad."

-"¡La felicidad!, suspiró el Duende,Eso dices tú, porque no trabajas para el señor Ciempiés."

A pesar de su poco éxito, la Hormiguita se despidió amablemente del Duende melodía:

"-¡Adiós, Duendecito!
Si me necesitas
ya sabes que tienes
tu amiga Hormiguita".

"-Adiós, Hormiguita, lo tendré muy presente".

Y así diciendo, el Duende volvió dar golpes con su martillo en los zapatos del Ciempié

Trabajó todo el día, y cuando llegó la noche, tenía terminado sólo diez pares de zapatos.Cogiéndose la cabeza a dos manos, el pobre Duende gimió:

-"¿No digo yo?Tengo diez pares listos, pero me faltan cuarenta!Tendré que trabajar de noche,pero...¿con qué me voy a alumbrar, si no hay luna?"

Este era un problema grave.Nuestro Duende no tenía ojos de gato para ver en la oscuridad y el pedacito de madera que usaba para guiarse en la noche, apenas si daba un resplandor

blanco,que no servía para trabajar.Pensando y pensando, el Duende Melodía tuvo por fin, una idea.

-"Ah! ya sé!Le pediré a la señora Luciérnaga que me preste su farolito.En pago, le daré una nuez.Será un buen negocio.Salgo inmediatamente para el bosque."

Y así diciendo, se puso su abriguito,abrió la puerta de la callampa, y entró por un camino en el inmenso bosque que suspiraba y crujía con el viento.Cuando el viento se detenía, el silencio era tan grande, que se oía crecer las hierbas.Después de caminar unas dos horas,divisó por fin un tronco viejo, por donde andaban muchas luciérnagas con sus farolitos a cuestas.Trepó el Duende por allí, y se acercó a una Luciérnaga algo anciana, saludándola amablemente:

-"Buenas noches, señora Luciérnaga!

La Luciérnaga, en cambio, interrumpida en su trabajo, no fué muy amable en su contestación:

"-Buenas noches.Estoy muy ocupada, así es que dígame luego lo que quiere."

-"Bueno, yo venía a proponerle un negocio."

"-¿Un negocio? ¿Qué será?"preguntó la Luciérnaga acercando su farolito a la cara del Duende.

-"Se trata de que ud. me preste su farolito por tres noches, y en cambio de este servicio, le daré una nuez."

La Luciérnaga dió un paso atrás y contestó con desprecio:

"-¿Cómo? ¿Prestarle mi farolito a un desconocido?¡Imposible!Además, ando buscando casa para pasar el invierno, y tengo que verla muy bien para que después no vaya a tener goteras."

El Duende, apenado por esta respuesta, dijo, con voz suplicante.

-Es que yo lo necesito tanto... y en cambio le daré una nuez."

"-Ni a cambio de diez nueces!"

Y diciendo esto, la señora Luciérnaga se metió en un hueco del árbol viejo,y examinó prolijamente sus paredes, alzando el codiciado farolito.El Duende la quedó mirando, mientras pensaba con desesperación cómo podría trabajar en medio de la oscuridad.Pronto la señora Luciérnaga terminó su examen, y salió muy sonriente:

"-Este hueco es exactamente lo que necesito. Dejaré aquí mi farolito, como señal de que ya está ocupado, mientras voy a buscar mis cosas."

Y como lo dijo, lo hizo.Pero no bien la Luciérnaga le volvió la espalda, el Duende "elodía tuvo un malísimo pensamiento, y en un segundo, se apoderó del farolito y partió corriendo.No paró hasta llegar a su callampa.Una vez dentro, colgó el farolito del techo y sin mayores remordimientos, se puso a trabajar. Mientras trabajaba, cantaba con voz desafina-

da:

-"Ajú, ajó,
trabajo yo.
Con un clavito
y un martillito.
Ají, ajó,
trabajo yo."

Hacia el amanecer, tenía listos ocho pares más, de zapatos. Entonces escondió el farolito de la Luciérnaga en su despensa y después de comerse dos raíces dulces de pasto tierno, se fué a dormir.

Despertó bastante entrada la mañana, con el canto de la Hormiguita Cantora, que venía a visitarlo.

-"Duende Melodía,
abre ya tu puerta,
que con dulces cantos,
la tierra despierta."

El Duende saltó de la cama más que ligero, y echó agua en su lavatorio, mientras gritaba:

-"Ya voy, Hormiguita, me estoy lavando la cara."

Cuando estuvo listo, lavado y peinado, se asomó por su ventanita:

"-Buenos días, Hormiguita, ¿qué dices?"

Entonces la Hormiguita, con gran misterio, le contó que todo el bosque tenía mucha pena, porque alguien le había robado el farolito a una vieja Luciérnaga. Al oir esto, el Duende

preguntó con gran susto:

-"Y... la Luciérnaga ¿sabe quién se lo llevó

Con alivio, oyó que la Hormiguita contestaba:

-"Dice que no sabe,
que talvez fué un Duende
que andaba en el bosque
muy fino y sonriente."

"-Ah, suspiró el Duende, qué raro!Talvez haya sido el Duende Cosquillas, que vive al otro lado del bosque."

Y luego de decir esta tremenda mentira, el Duende se despidió de la Hormiguita, porque tenía mucho que trabajar.

Apenas quedó solo, los remordimientos no lo dejaban tranquilo. Se puso a trabajar, pero pensaba todo el tiempo en la señora Luciérnaga y su farolito.Para tranquilizarse, se decía:

-"En cuanto termine los zapatos, correré a dejarle el farolito a la Luciérnaga.Y le daré tres nueces, si, tres en vez de una, por cada noche que a pasado a oscuras."

Y seguía martillando "tin, tin tin", para interrumpirse otro rato y pensar:

-"Al fin y al cabo, ella sola tiene la culpa de lo que le pasa.¿Por qué no quiso prestarme su luz, cuando yo la necesitaba tanto?"

Y con estas egoístas reflexiones. el Duende

se olvidó de la Luciérnaga, y trabajó a más y mejor.

A media tarde, un gran Palote pasó frente a la callampa, disfrazado de hierba. Venía buscando al ladrón del farolito. Cuando el Duende lo vió, dió un respingo en su sillita de paja y cantó más fuerte que nunca.

"-Ají, ajó,
trabajo yo."

El Palote se asomó a mirarlo por la puerta disimulando en lo posible sus intenciones de espía. Con voz muy suave, le dijo:

-"Da gusto verlo trabajar, señor Duende Melodía."

El Duende dió otro respingo y preguntó:

-"¿Qué anda haciendo por aquí, señor Palote, disfrazado de hierba?

El Palote movió su cabeza para lado y lado, y, como si hablara en secreto, murmuró:

-"Ando buscando al ladrón que le robó su farolito a la Luciérnaga, para llevármelo preso."

El Duende empezó a temblar...

"-Y....y... ud.... cree que... está por aquí?"

"- Yo creo cualquier cosa, señor Duende Melodía. Se sospecha de los Duendes en general dijo el Palote, acercando su cabeza a la del Duende. Este dió otro respingo más, pero

no pudo menos que gritar con simulada furia:

-"¿De los Duendes?Vaya, qué insolencia venir a decírmelo en mi propia casa.¡Salga de aquí al instante!"

El Palote, que era muy diplomático, contestó con suavidad:

-"Ya me voy, pero tenga mucho cuidado, señor Duende, mucho cuidado."

Y se alejó moviendo sentenciosamente la cabeza.

En cuanto quedó solo, se puso a temblar tan fuerte, de susto, que se cayó de la sillita de paja. Muy afligido, decía:

-"Si me pillan, me llevan preso.Esta noche cerraré bien mis ventanas y mi puerta, para que no vean desde afuera la luz del farol.¿Para qué, Dios mío, me habré metido en esto?"

Sin embargo, a pesar de los sobresaltos y el miedo, el Duende, al finalizar el segundo día,tenía terminados más de la mitad de los zapatos.Cuando llegó la última noche de trabajo,el Duende dió un largo suspiro de alivio, pensando que ya pronto podría devolver su farolito a la Luciérnaga.Y así, decía

-"Apenas ponga el último clavo en el úl-

timo zapato, saldré despacito y dejaré el farol colgado de una hierba. Así nadie sabrá que fuí yo el que le quitó la luz a la Luciérnaga."

Y así fué que cuando la primera luz del alba se asomó por un rendijita de la puerta de la callampa, el Duende clavó el último clavo. "¡TIN!" hizo el martillo y el Duende dió un grito de alegría:

-"¡Ya está! ¡Por fin terminé!"

Se metió el farolito debajo del brazo, abrió muy despacio la puerta de su callampa, y miró hacia todos lados para ver que no hubiera nadie. Luego salió camiando en puntillas, escondiéndose entre las hierbas.

Ya el Duende se creía salvado, cuando de repente, al doblar por detrás de una flor, se encontró de manos a boca con su amiga la Hormiguita Cantora. El Duende se paró, espantado, sin siquiera esconder el farolito. Y la Hormiguita, al ver lo que llevaba su amigo debajo del brazo, cantó con horror:

-"¡Qué veo, qué veo!
Es mi Duendecito
que lleva escondido
el farolito!"

El duende no sabía que decir, de pura vergüenza, y trataba de explicarse lo mejor que podía:

-"¡Oh, oh, Hormiguita! Yo, yo... voy a devolver el farolito a su dueña.

Pero la Hormiguita, moviendo con disgusto su cabez, cantaba:

"¡Qué feo, qué feo,
que mi Duendecito
se haya robado
ese farolito!"

Al oir esto, el Duende se defendió porque en realidad, él jamás había pensado robarle el farolito a la Luciérnaga:

"¡ No, no, eso sí
que no!Yo no me robé
el farolito, sólamente lo tomé por tres
noches, porque la
Luciérnaga no me
lo quiso prestar".

Pero la Hormiguita era muy correcta, y ella pensaba que nuncan, ni en ninguna forma, se debe tomar lo que a uno no le pertenece, sin permiso del dueño.Y así, moviendo sus antenas, cantó:

"-Mal hecho, mal hecho,
mereces castigo,
palos y puñetes,
aunque eres mi amigo!"

El Duende siguió defendiéndose, diciendo que si lo había hecho así, era porque él necesitaba una luz para trabajar.Pero

la Hormiguita tenía toda la razón, así es que volvió a cantar con voz clara:

-"Hay muchas maneras
correctas y honradas
para conseguirse
una luz prestada.
Yo misma, yo misma,
te ofrecía mi ayuda.
Si no la pediste,
es por culpa tuya."

Después de todas estas razones, el Duende reconoció su culpa, y bajando la cabeza con profunda vergüenza, dijo:

"-Hormiguita, soy un burro.Nunca más volveré a tomar nada sin perdirlo. Te lo prometo.Pero, por favor, no me acuses al Palote, ni a la Luciérnaga, porque me llevarán preso."

La Hormiguita, sonriemdo, le contestó:

-"Duende Melodía,
no soy acusete,
y no diré nada
si tú me prometes
que nunca en tu vida
vas a ser hurguete."

-"Te lo prometo, Hormiguita, te lo prometo"

Y después de esta solemne promesa, el Duende y la Hormiguita buscaron una hierba alta, desde donde fuera fácil ver el farolito, para que lo encontrara su dueña.Luego de haberlo colgado de una hoja que les pareció lo sufi-

cientemente alta, el Duende y la Hormiguita se alejaron de allí, pensando que nadie los había visto.

La Luciérnaga no tardó en recuperar su luz, con gran alegría de todos.

Entre tanto, el Duende entregó al señor Ciempiés los cincuenta pares de zapatos que tantas penurias le habían costado. Y el señor Ciempiés le tapó la puerta de la callampa, con cincuenta robustas nueces, que consolaron al Duende de todo lo que había sufrido. Pero como él era una persona agradecida, al ver su despensa tan llena, pensó que lo menos que podía hacer, era regalarle la mitad de las nueces a su amiga Hormiguita, porque si ella no hubiera sido tan buena y tan generosa, él ya estaría preso y deshonrado.

Lo que el Duende no sabía, es que había otra persona tan bondadosa como la Hormiguita Cantora; era el señor Palote, porque él y no otra cosa, era la alta hierba en que la Hormiguita y el Duende habían puesto el farol. Pero el Palote no se lo había llevado preso, ni a nadie le había contado quién era el ladrón, porque el Duende estaba arrepentido.

Esto nos enseña que no siempre las personas de aspecto desagradable son malas como parecen.

Ignorante, pues de las virtudes del Palote, el Duende hizo rodar por el caminito del hormiguero las veinticinco nueces que fueron la admiración de la mayordoma y de todas las hormigas en general. La Hormiguita, como primera Hormiga Cantora del hormiguero, entonó las gracias en nombre de su Reina, de ella misma, y de todas las hormigas.

El Duende Melodía volvió muy contento a su callampa. Y mientras contemplaba en su despensa su rica provisión de nueces, pensó que él podría ayudar a más de un animalito hambriento en el largo invierno que se acercaba.